

emitir mi palabra ante el dignísimo Sr. Arzobispo, mi Prelado, como Delegado apostólico; ante el digno y M. R. P. Provincial, mi prelado nato; ante el coro de venerables cristos del Señor con quienes he practicado los santos ejercicios.

Esta mi palabra no es sino el humilde comentario de algunos versos que cuadraron con los sentimientos atritos de mi corazón al recorrer atentamente el salmo 118 que compone las Horas Menores del Oficio divino.

Vencido por el pecado y hecho réprobo por el pecado, se iba alejando mi salud espiritual por la inobservancia de los mandamientos del Señor: *Longe a peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisierunt.* De ahí, de la hambrienta region del hijo pródigo, me acordé del abundante pan de la casa de mi Padre, de aquel Padre celestial que ama á sus criaturas con más ternura que la cariñosa madre al hijo de su ser, de aquel Padre clementísimo, que cuanto dista el oriente del occidente, así aleja de sus justas iras las culpas de los hijos de los hombres. Entre el trasporte de este consolador recuerdo, exclamé: Me levantaré e iré á ese mi buen Padre, y me sujetaré á su ley y obedeceré sus mandatos: *Clamavi in toto corde meo, exaudi me Domine: justificationes tuas requiram. Clamavi ad te, salvum me fac, ut custodiam mandata tua.*

Me levanté para venir, y haciendo memoria en mi itinerario, que no queriendo Dios la muerte del pecador, dá

el querer y también el perfeccionar, repetía con gratitud: *Deduc me in semitam mandatorum tuorum: Gressus meos dirige secundum eloquium tuum, et non dominetur mei omnis injustitia.*

Y vine y me postré ante el Mártir del Calvario y le consagré la palabra de arrepentimiento que traía prevenida mi corazón, optando su propiciación: *Intret postulatio mea in conspectu tuo: Erravi, sicut ovis quae perit, quaere servum tuum.* Acto continuo interpele á la divina Corredentora que en esa montaña de dolor adquirió el título encantador de *Refugio de peccadores*, y desde luego fué grato á mi alma el acento excitante del virtuoso capitular director de los santos ejercicios, así como me ha sido grato verlo en todas las distribuciones, circundado de los cristos del Señor, cuyos sacros ejercitantes se me representaban como piedras preciosas que formaban su corona: *Circa illum corona fratrum;* á la vez que me edificaban con su devoción, bálsamo aromatizado como aquel que descendía por la ubérrima barba de Aarón.

La palabra del púlpito, las lecciones, las meditaciones y cuanto respiraba esa obra de santificación, venían corroborando mis buenos propósitos; empero mi alma carecía de efervescencia. Entonces dije al Señor con acento atribulado por la tibieza de mi alma: Dame dolor, Señor: dame tu amor, dame fervor y perseverancia: *Legem pone mihi Domine viam justifi-*

cationum tuarum, et exquiram eam semper. Continué excitándome, y no he logrado inflamarme con los destellos del amor perfecto: no he podido decir con la sinceridad del Vate Regio: *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam:* no me ha refocilado el fuego de la Esposa del Cantar; un desagrado al pecado, un terror al infierno, un deseo por la gloria, es cuanto he podido alcanzar en tanto ejercicio santo: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum propter retributionem.*

Vosotros, amados cooperadores de los santos ejercicios, sois muy felices. Hoy estais numerados entre los dichosos que admira David en el inicio de su cántico: *Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini:* amais á Dios y en vuestro corazón reina la paz verdadera, paz que el mundo no puede dar, y no os escandalizareis de mis muchas y graves culpas: *Pax multa diligentibus legem tuam et non est illis scandalum.* Hoy estais llenos de celo y caridad apostólica, llenos de mérito, muy dignos de llorar con fruto entre el vestíbulo y el altar, y os ruego que rogueis por mí, pero con cotidiana solicitud, con entusiasmo sacerdotal, á fin de que pueda perseverar en los propósitos de los santos ejercicios. ¡Oh, si yo alcanzara el don de la perseverancia! *Utinam dirigantur viae meae ad custodiendas justificationes tuas!*

— Illmo. Señor: Ministros augustos del *Sancta Sanctorum* de la ley de gra-

cia: ¡*Alleluia!* Ha llegado el día festivo en que esta casa fuese una vez más, la cámara vinaria en donde el Divino Salomón imprimiera en sus sacerdotes las leyes de su amor, para que embriagados con ese angélico licor, prorumpieran con la enamorada de los cánticos: “Yo para mi amado y su conversión hácia mí.” Ha llegado el día festivo en que esta casa fuese, una vez más, el banquete del padre de familias, que visitando la gran mesa de su convite, ha hallado á sus sacerdotes con la vestidura nupcial, y los ha declarado dignos de entrar á las bodas eternas del Cordero. Ha llegado, en fin, el día solemne para Jesús y para María: día solemne es para Jesús, aquel en que con el raudal del arrepentimiento se fecundiza su sangre preciosa: día solemne y gozoso es para María, aquel en que con el acento férvido de su devoción se valorizan sus ruegos y lágrimas.

Verdad es, y muy brillante verdad, que con los ejercicios espirituales la sociedad se edifica, el evangelio se honra y triunfa la religion. Por tanto, Illmo. y venerando Sr. Arzobispo, amable y modesto director de los santos ejercicios, prudente prelado de la provincia de Franciscanos de Jalisco, sacerdotes ilustres del Señor: *Gaudemus omnes in Domino, diem festum celebrantes justificationis nostrae, de quorum justificatione gaudent angeli et collaudant Filium Dei. Amen.*

DISCURSO

pronunciado por el Illmo. Sr. Obispo de Linares en la Capilla del Seminario Conciliar de Monterey, al terminar los ejercicios espirituales del clero, el día 21 del mes de Octubre de 1880.

VENERABLES HERMANOS:

No puedo explicaros el inmenso gozo que inunda mi alma, al verme en medio de vosotros, en este lugar sagrado, y al espirar el santo retiro. Vuestro número compone una tercera parte del clero de ambas mis diócesis, y desde el Venerable Cabildo hasta los más humildes vicarios están aquí representados. Todas las edades compatibles con el ministerio, se ven asimismo reunidas con dulcísimo lazo; desde la florida juventud del eclesiástico que ayer apenas recibió su subdiaconado hasta la verde ancianidad del benemérito párroco, que hace más de un año celebró su jubileo sacerdotal. Todos habéis dejado sin vacilar vuestros hogares y vuestras parroquias, por venir á vaciaros de nuevo en el molde celeste de los ejercicios de San Ignacio, y no os ha arredrado ni aun la enorme distancia de casi doscientas leguas que á algunos de los presentes separa de la capital.

Bien habéis obrado, venerables hermanos, y no os pesarán por cierto ni vuestros pasos, ni vuestros sacrificios. La terrible lucha que teneis diariamente que sostener con el demonio, el mundo y la carne, necesita de gran pe-

ricia en la guerra espiritual, y de un profundo conocimiento de la táctica que ha de emplearse contra las potestades de las tinieblas. Uno y otro solo se adquieren en la soledad y el retiro y antes de salir al combate es menester reconcentrarnos en nosotros mismos y apartarnos de todo humano consorcio. Así Jesucristo, cuarenta días y cuarenta noches, se entregó á la oracion y á la penitencia en el desierto, antes del terrífico duelo que sostuvo con Satanás. Así el campeón de la edad moderna, San Ignacio de Loyola, pasó largo tiempo en la caverna de Manresa, antes de arrojar el guante á Lutero, de quien habia de ser el más formidable adversario. Quien obre de otra suerte, quien se lance á la lid sin preparacion ni consejo, caminará á infalible derrota; y por más que despliegue un valor inaudito, y se esfuerce por consumir grandes hazañas, solo hallará la muerte y la deshonor, como aquellos imprudentes sacerdotes de que nos habla el libro primero de los Macabeos: *In die illa ceciderunt sacerdotes in bello dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exunt in proelium*. ¡Infelices! Por no haber oido la voz de su caudillo, cayeron ellos mismos ignominiosamente, y fueron la causa de que el pueblo de Dios huyera sin pudor ante el enemigo: *facta est fuga magna in populo*. ¡Infelices! Ni una palabra de alabanza ó compasion pudo consagrarles el inspirado cronista de aquellas memorables batallas, y el fúnebre elogio que

pronuncia sobre sus merecidas tumbas, se reduce á decir, que no eran de la raza de aquellos á quienes debió su salvacion Israel. *Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel*.

Yo os felicito, pues, por haber escuchado la voz de vuestro jefe espiritual que os convocaba á los santos ejercicios, y me felicito á mí mismo por la presteza y buena voluntad con que fué obedecido mi llamamiento. Pero ¿qué digo? Quien merece nuestras cumplidas felicitaciones es mi venerable predecesor, que os acostumbra á venir periódicamente al anual retiro del clero; que os inspiró amor á este apartamiento temporal de los negocios; que supo atraeros á la soledad de los ejercicios espirituales, y os hizo palpar sus saludables frutos. Yo he encontrado preparado el terreno, y me ha bastado con seguir sus huellas para recojer la cosecha.

En una parte, sin embargo, mi situacion es mas ventajosa. Hasta los últimos meses de su episcopado, mi Venerable Predecesor habia logrado, sí, formar y organizar su ejército de línea; pero le faltaban esos cuerpos especiales poco menos que indispensables para llevar una campaña á ejército feliz y sin peligros de desastres. Tenia, pues, que sucederle como á esas legiones que la guerra ha mermado ó impedido completarse, en que la caballería combate á pié y los húsares se improvisan en zapadores; en que la artillería de marina se coloca en los fuertes de

tierra y los cazadores de montaña se trasforman en pontoneros.

No hay duda que la meditacion es tan antigua como la Iglesia; que no es tampoco nueva la contemplacion de las verdades eternas, dispuestas en series ordenadas; y que éstas sea qual fuere su orden y método, aprovechan al cristiano que se dedica á ponderarlas consigo mismo. Pero no es ménos cierto que lo que tan grandes efectos ha producido en el mundo, convertido á infinidad de pecadores, y formado santos tan grandes como Francisco Javier, y Carlos Borromeo, es el método, orden y encadenamiento de los ejercicios espirituales, que en la caverna de Manresa plugó al Señor revelar al insigne fundador de la Compañía de Jesus.

De la misma manera que en un método curativo, la inversion en el orden de las medicinas, la variacion ó arbitrariedad en las dosis, ó la poca atencion al régimen general, retardarán el alivio del enfermo, por más que aproveche cada pocion en particular; de igual suerte en la práctica de los ejercicios, el menor desvío de las reglas dadas por el Santo, ó la más ligera alteracion introducida por mano profana, estorbará la conversion del pecador, ó le pondrá obstáculos en la senda de la perfeccion. Mientras más profundo sea el estudio que el director haya hecho del libro de San Ignacio; mientras más larga sea su propia experiencia *activa y pasiva*; mientras más grande sea el apego que tenga al original, mayores serán los frutos que

recoja quien lo adopta por guía y maestro. ¿Quién más á propósito, por tanto, para conducirnos, que aquel cuerpo de la eclesiástica milicia, que en el libro de los ejercicios se empapa todo entero, que hace de él un estudio especial y continuo, que lo conoce en sus más íntimos pormenores, que tiene en su seno la tradicion auténtica de su inspirado autor?

Habiéndome suministrado la divina Providencia uno de éstos intérpretes legítimos y depositarios de los ejercicios, no vacilé un momento en dárselo por director; y confío en que todos habréis quedado satisfechos y complacidos con mi eleccion, si bien á algunos hayan podido causar extrañeza las que á primera vista habrá calificado de novedades. Segun se ha tenido cuidado de iros explicando poco á poco, todo ha sido conforme con la letra y el espíritu del libro que tiene que servirnos de norma.

(Concluirá.)

No quiero que Dios se avergüenze de mí.

Al lado del mal, está siempre el bien para contravalancearlo: ved un hecho verdaderamente edificante.

Un obrero de uno de los círculos de Paris se enfermó, y no pudiendo curarse en su casa, entró á un hospital. El mal siguió su curso y su salud se retardaba. Largo se le hacia á nuestro héroe el tiem-

po, por no poder recibir los sacramentos como lo hacia fuera. Entonces pidió fuerza á Dios para soportar la prueba por la que lo hacia pasar, pues la enfermedad, para el que gana la subsistencia dia por dia, se hace poco soportable.

El confesor vino á disponerlo en el lecho de muerte; y dispuesto le ofreció que le traeria el sagrado viático.

—Entre tanto, le dijo, vendreis á tal hora al oratorio privilegiado, que está al terminar esta sala, para que comulgueis.

—No padre, le contestó, nó: aquí lo he de hacer al pié de mi lecho.

—No hijo, la sala está llena de enfermos; algunos pueden tener sentimientos hostiles á la religion, y por lo mismo, es necesario no dar escándalo.

—No padre: al pié de mi lecho. Dios ha dicho que se avergüenzaria de los que de Él se avergüencen. No quiero que se diga ésto de mí.

Al dia siguiente, por la mañana, ante todos los enfermos de la sala, conmovidos tambien de aquella simplicidad, de la grandeza de aquella fé, el sacerdote vino á poner la hostia consagrada sobre la lengua del obrero, piadosamente arrodillado al pié del lecho de sus sufrimientos.

No olvidemos estas palabras: "no quiero que Dios se avergüenze de mí;" y guardemos y conservemos este precioso ejemplo de fé y de dignidad.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomás González.

TOM. 3.

Guadalajara, Diciembre de 8 1880.

NUM 9.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

ALOCUCION

de N. S. P. el Señor Leon XIII á los EE. Cardenales, en el consistorio que tuvo lugar el 20 de Agosto en el Palacio Vaticano, relativa á los negocios belgas.

"Venerables hermanos:

"La magestad santa y sagrada del Soberano Pontificado, que nos es más querida que nuestra vida, que Nos queremos, segun nuestro deber, sostener y defender con todas nuestras fuerzas, nos impone la obligacion de daros cuenta hoy, venerables hermanos, de una gravísima injuria hecha hace poco á nuestra suprema autoridad y á esta Silla Apostólica. Queremos hablar de la falta que los ministros del poder en Bélgica han cometido, despidiendo violentamente, sin ningun motivo justificado, á nuestro representante.

"Menos conmovidos de nuestro dolor privado, que cuidadosos del honor de

la Silla Apostolica, Nos hemos dado órden de publicar la exposicion de todo el negocio con las piezas y autoridades que puedan formar el criterio necesario, para que con ellas fuese puesta en claro la verdad, y que los hombres equitativos pudiesen fácilmente juzgar cuán poco fundamento y valor tienen los indignos reproches acumulados contra la Santa Sede por sus enemigos.

"Considerando, pues, desde mas antes la razon del hecho, Nos reconocimos, así como en otros actos análogos, que por todas partes se producian, signos inequívocos de una recrudescencia violenta, en la guerra sacrílega que hace algun tiempo se venia dando á la Iglesia de Jesucristo. Nos vimos mas aclarada y menos velada la antigua conjuracion formada por los espíritus rebeldes para separar las almas de la cátedra apostólica, con el fin de disponer arbitrariamente, y á su antojo, de los pueblos cristianos, una vez que los hubieran sustraído de la autoridad y tutela del Pontífice romano.

"Tal ha sido seguramente el desig-
nio de los hombres, enemigos de la Iglesia, que han querido por astucia ó por